

El régimen de opinión

LLUÍS FOIX

LA VANGUARDIA, 7.09.10

La democracia de opinión ha irrumpido con la fuerza habitual en estos comienzos de curso político. Las opiniones circulan masivamente en todas direcciones, las hay para todos los gustos, desde todas las perspectivas, hasta el punto de que da la impresión de que lo que ocurre es lo que se dice y no lo que pasa. Con un añadido interesante, que es que la responsabilidad de los opinadores termina en el momento en que han emitido su juicio, mientras que los que gestionan los intereses de las gentes pueden verse obligados a cambiar de estrategia por lo que ha expresado esta o aquella opinión. Son las reglas de juego y las sociedades libres sólo avanzan cuando se ejerce la crítica legítima desde todos los ángulos posibles. Pero la realidad de los hechos no la conforman las opiniones, sino los hechos mismos. Puede parecer una verdad de Perogrullo, pero podemos encontrarnos en una situación en la que la verdad mediática, a veces también la demoscópica, se desarrolla al margen de lo que está ocurriendo. Los que participamos con frecuencia en el régimen de opinión estamos en condiciones de hablar sobre cualquier tema, a cualquier hora, aunque desconozcamos los pormenores de una noticia que acaba de producirse. Depositamos nuestra opinión y nos quedamos tan tranquilos.

Un ex director de The Times de Londres, William Rees-Mogg, solía decir que los periodistas tenemos que tener un criterio sobre cuanto ocurre pero hemos de cambiar de opinión cuando los hechos así lo aconsejan. En otras palabras, un régimen de opinión corre el riesgo de encastillarse

en fortificaciones opinativas que contemplan los hechos como simples contingencias que no tienen por qué modificar las opiniones inalterables.

Hemos pasado de aquella definición en el periodismo norteamericano de que los hechos son sagrados y las opiniones son libres a un nuevo paradigma en el que las opiniones son sagradas y los hechos libres.

No, los hechos son los que son por muchas opiniones que se viertan sobre ellos. Siempre he mantenido que hay muchos lectores y oyentes que saben más sobre cuestiones concretas que los que opinamos sobre ellas. La novedad positiva en estos tiempos de cambios profundos es que esas personas pueden expresar también sus opiniones y arrebatarnos el privilegio individual o colectivo de monopolizar la opinión. Es un cambio de largo alcance.